

modificaciones debidas á las relaciones sociales más adelantadas que se impusieron en el progreso de la evolución á esos elementos constantes. El hombre continuó temiendo cuando había motivos de temor, como lo hace el niño. El hombre, naturalmente, siguió experimentando los instintos suaves, pero el progreso social estableció ciertas reglas para esos instintos. Todas estas variaciones provechosas se incorporaron á su constitución nerviosa, tendiendo á modificar las manifestaciones más sencillas y características. Ahora puede indicarse el sentido general de estos hechos, hasta donde creemos tener fundamento para hacerlo.

135. Debemos notar ciertas observaciones generales acerca de estos hechos antes de intentar un razonamiento más detallado.

1.º La inclusión de las emociones morales en la esfera de los fenómenos mentales, que provocan reflejos orgánicos tales como el rubor (1), muestra que estas emociones son de origen social y han aparecido en el mismo movimiento que los demás factores de todo este grupo de defectos. Ya hemos visto que el sentido ético es un producto de evolución. La reproducción que se ofrece en el niño, en su experiencia propia, de las relaciones sociales por las cuales se disciplinó y purificó su sentido del yo, le hace moral. El descubrimiento, pues, de que las relaciones orgánicas producidas por las relaciones morales están incluídas, generalmente, en las sociales, demuestra que, por lo menos en el niño, se reproduce en sus líneas generales el plan de las adquisiciones de la raza. Me parece imposible ver esto si admitimos la teoría darwiniana acerca del origen de las actitudes y expresiones emocionales, porque tendríamos que dividir en dos el grupo de emociones, que comprendemos bajo el título de «vergüenza», y tendríamos que decir que las que son simplemente sociales,

(1) La identidad de expresión de las más refinadas y las más groseras emociones se notó ya anteriormente, y ha sido discutido, desde el punto de vista de la evolución, por Schneider, *Thierische Wille*, pág. 120.

se habían desarrollado en la historia de la raza juntamente con su expresión, en tanto que la otra mitad, las llamadas éticas, aunque ofrecen las mismas reacciones orgánicas, se supondría que habrían adquirido su conexión con el organismo de un modo extra-evolutivo. En efecto, esta conformidad en la expresión de lo ético y lo social, así como la aparición social de las emociones éticas en el niño, constituye, á mi entender, una doble é irresistible prueba de la evolución de los sentimientos morales en la historia de la raza. Ninguna otra teoría parece explicar *el rubor de la vergüenza moral*.

136. 2.º Estas reacciones señalan las condiciones de relación personal activa en que fueron útiles al individuo ó á la especie. Es evidente que son menos útiles que perjudiciales en nuestra sociedad actual. Por el rubor se delata á sí mismo el criminal; por la agitación pierde fuerza el amante. De este modo un acto indelicado lleva consigo su condenación, mientras que el hombre ó la mujer que tienen el dominio de sí mismos, escapan á toda sospecha. La utilidad de estas reacciones existía, pues, solo en una sociedad en que la utilidad física era en general la que daba la medida de la utilidad social, y el aflujo de sangre á la cabeza daría un descanso ó un recurso que todavía encontramos en la «dulce respuesta que aparta la ira» ó en el hecho de la restitución moral.

De ser esto cierto, nos vemos obligados á buscar las circunstancias en que estas reacciones tenían un papel activo y eficaz muy atrás en la historia del hombre, en el período de la civilización primitiva, en que lo físico era la principal arma social y la ley. En efecto, los estudios antropológicos nos capacitan con las lecciones objetivas que todavía nos quedan de las comunidades primitivas, para ver hasta qué punto el encuentro con un semejante iba acompañado de las probabilidades del peligro y la necesidad de la defensa. En las sociedades rudas, las mujeres son, con frecuencia, objeto de disputas entre los hombres, y la lucha es exclusivamente física (1); y apar-

(1) En los animales esto llega hasta la lucha á muerte entre los machos. Cons. Groos, *Play of Animals*, pág. 135 y sigs.

te de la distinción de sexo, con la *causa belli* que introduce la rivalidad de clan, la gloria personal que rodea al guerrero salvaje, el elemento de traición que hace del individuo aislado en los bosques ó en el campo de batalla una víctima legítima, todas estas cosas, que son los factores más críticos y salientes en la vida social rudimentaria, hacen muy natural que la asociación del hombre con el hombre y del hombre con la mujer hayan dejado ciertos efectos bien diferenciados en su organismo. Y no es sorprendente que estos efectos hayan sido adoptados y perpetuados en formas menos groseras, pero no menos inequívocas, cuando las relaciones personales se desarrollan de las maneras más sutiles que llamamos éticas y sociales (1).

137. Admitiendo que estas dos afirmaciones generales están suficientemente probadas por el hecho de que estas reacciones son lo que son, se me permitirá que entre en algunos detalles referentes á los elementos más particulares que entran en las condiciones sociales del medio en que aquéllos aparecen; advirtiéndole al mismo tiempo que estos detalles son fruto de mis propios intentos personales de interpretación, y por lo mismo son más apropiados para despertar la crítica. No querría yo que perjudicasen á las dos afirmaciones generales hechas anteriormente y que sostengo que están bien probadas, con tal siempre que se acepte el postulado de la evolución orgánica. Al mismo tiempo los puntos que siguen aportan nuevos ejemplos y demostraciones favorables á aquellas dos conclusiones capitales.

1. Los elementos más generales en las reacciones orgánicas de modestia, vergüenza, etc., son ciertos cambios vasomotores con inhibiciones y confusiones del movimiento muscular. Los cambios vasomotores—claramente manifestos en el rubor—son análogos á los que acompañan á otras emociones, especialmente el miedo y la cólera. Si decimos, por consiguiente, que estos cambios radican en las condicio-

(1) Véase la nota del Apéndice H, III.

nes de la experiencia personal que ocasionaron el miedo y la cólera, este sería nuestro punto de partida en la reconstrucción del progreso social que estas reacciones representan. Y las condiciones de la presencia de estos fenómenos vasomotores y musculares supondríamos que eran el temor y la cólera, es decir, el odio que se manifiesta en la lucha física, que supone una acción cardíaca excitada y un ejercicio muscular violento. Los que hayan leído cuanto se ha escrito acerca de la expresión de las emociones (1) desde Darwin, estarán lo bastante familiarizados con esta hipótesis y con la base en que descansa. Estas consideraciones se extienden á los dos aspectos que hemos encontrado unidos á las reacciones de modestia; el aspecto que implica la relación sexual y el que toca á la defensa personal; siendo el primero muy esencialmente uno de los factores principales de los fenómenos motores y vasomotores.

138. 2.º El comienzo de la diferenciación de las reacciones de miedo y cólera en la dirección de la modestia necesita alguna causa muy prominente. El miedo tiene en sus formas superiores algún elemento de insuficiencia propia, es cierto. En cuanto aparece la idea del yo y de su relación con otro, tenemos fundamento para el miedo reflexivo; pero el miedo físico tiene muy poco que ver con el yo, puesto que consiste en la sensación abrumadora de la presencia del objeto pavoroso. Lo mismo sucede con la cólera; lejos de suponer ninguna duda ó retroceso debidos á la consideración de la falta de propio valor ó fuerza, tiende precisamente á lo contrario. La cólera supone la precipitación sobre el objeto ofensivo. El desarrollo constante, pues, de estas formas de reacción en el progreso de la raza, se habría desarrollado en la dirección de la más formidable dotación del individuo para la defensa y la ofensa con la eli-

(1) Cons., además de Darwin y Spencer, Mosso (*El miedo*), Mantegazza (*Fisonomía y Expresión*), James (*Principios de psicología*, II, Cap. XXV), Dewey (*Psychol. Review* Noviembre de 1894 y Enero de 1895), Baldwin (*Mental development*, cap. VIII.)

minación de los elementos que producen vacilación, embarazo y debilidad. Debemos, por tanto, buscar en el medio algún factor modificador, alguna razón suficiente para el desarrollo de estas reacciones en la dirección de la menor agresividad personal y de la mayor dependencia personal que vemos que tienen actualmente.

139. 3.º Este influjo modificador se debe encontrar sin duda en la tendencia á la vida de familia (1), y en los comienzos germinales de la acción social y colectiva, de la cual encontramos ejemplos (2) en ciertos grados del reino animal. El examen de la vida de familia es en sí mismo suficiente, en mi opinión, para mostrar el modo del desarrollo pre-social. Las cualidades que se encuentran en el animal miembro de una familia—las que debe poseer para hacer á la familia elegible en la lucha por la existencia—suponen dos factores. En primer lugar el grado de la tendencia egoísta ó agresiva, capaz de sostener la competencia selectiva, vigorosa, dentro y fuera de la familia, porque ésta depende por su comida y bebida del valor y la fuerza de sus individuos. Y en segundo lugar, el desarrollo de la tendencia cooperativa con la consiguiente supresión de la agresividad hasta donde es necesario para las relaciones esenciales de la familia y para la acción unánime en las luchas que la familia como un todo tiene que sostener. Estas dos tendencias opuestas tienen que reconciliarse; y el desarrollo de una vida social superior depende del modo como el organismo consiga reconciliarlas. El instinto gregario debe existir fuera de la familia juntamente con una justa agresividad. Ahora bien, las reacciones

(1) Cons. Westermarek (*History of Human Marriage*. Cap. I), el cual sostiene que el matrimonio existe entre los animales como un instinto debido á la selección natural, siendo su utilidad la constitución de la familia: «el matrimonio radica en la familia» más bien que la familia en el matrimonio», pág. 22.)

(2) Topinard (*Monist*, Enero de 1897) ha reunido recientemente las pruebas que demuestran que estas dos tendencias no siempre van juntas; que los animales más gregarios é instintivamente «sociales» son muchas veces los de vida familiar menos desarrollada y viceversa.

que estamos estudiando me parecen la supervivencia, y por tanto, la prueba de esta oposición, según voy á explicar.

140. 4.º En el período de timidez del niño hay tres épocas ó grados: primero un grado puramente orgánico; después un grado social de libertad é ingenuidad, y por último, un grado en que parecen luchar una cierta «auto-exhibición» contra las inhibiciones y restricciones orgánicas. Estos períodos no son teóricos, sino reales, según lo demuestra el estudio efectivo del niño. El último de ellos es el comienzo de la verdadera modestia y supone la sujeción subjetiva, que llamamos conciencia de sí mismo. El primero de estos períodos ya hemos visto que corresponde á las reacciones de miedo y cólera de los animales, juntos con su conmoción sexual: estas dos cosas, por lo menos, son las principales. El segundo de los períodos en el niño, me inclino á pensar que representa una especie de punto de parada orgánico con el grado de cooperación social, que puso término á la lucha decidida, cuerpo á cuerpo, exigida por la operación puramente biológica de la selección natural. El niño se hace sencillo en su confianza, es ingenuo, no está maleado, es crédulo hasta el extremo. Me parece que tiene su correspondiente paralelo en el descanso que tuvo el hombre una vez que se vió libre de los animales; con la sensación naciente de que podría vivir sin matar ni ser matado, con su descubrimiento de las artes de cultivar el suelo y de vivir, por lo menos, en algunos de sus comidas, de vegetales. Entonces comenzó el período social. La tranquilidad de la unión doméstica y los servicios recíprocos vienen á hacerle la vida más cómoda, y se forman sus hábitos nómadas y agricultores. Vive más tiempo en un sitio, empieza á tener respeto á los derechos de propiedad, da y toma de sus semejantes más por comercio que por lucha y de este modo aprende á creer y á tener confianza, y á merecer ambos sentimientos. Considerado desde un punto de vista lógico á la vez que histórico, todo esto me parece perfectamente razonable. Las primeras edades, más pronto ó más tarde, debieron tener escenas semejantes á las que se

pintan en la vida de los patriarcas hebreos, cuando los rebafios eran el principal cuidado y los lobos los enemigos principales; cuando la mano de cada hombre dejó de moverse contra los demás hombres; cuando por primera vez se hizo presente á la conciencia del hombre que era racional la cooperación y que la lucha continua no era conveniente, y por lentamente que este principio se reconociese y aun se reconociera hoy, fuera de ciertas esferas restringidas, y aun cuando no estuviese apoyado por ninguna sanción efectiva más que la fuerza.

Esta necesidad de descansar de la lucha, sentida por la raza, como una introducción á las ocupaciones de la paz, parece estar demostrada en la historia de los tiempos primitivos, y puede apelarse á los antropólogos para dar más autoridad á la afirmación (1). Ya he señalado (sección 93), cómo la función del juego auxilia á ese sentido naciente de la sociabilidad. Naturalmente es mucho más cuestionable el que haya existido semejante período en toda la tierra á la vez; podría decirse de todos modos, que la suposición de que ese grado tuviese lugar en toda la raza al mismo tiempo, no es necesaria. El antropólogo pone cada vez menos interés en la exigencia de que las diferentes familias ó grupos lleguen á ciertos grados con la misma intensidad y al mismo tiempo. Las propiedades de la raza en cuanto existen y penetran en los tiempos prehistóricos, deben haber aparecido precisamente según las diferencias que los diversos grupos mostraron en su desarrollo, bajo distintas condiciones geográficas é históricas. Una tribu puede haberse visto obligada á tardar más que otra en adoptar las artes de la paz por la aridez del suelo, por la abundancia de las fieras, por las condicio-

(1) Claro es que su confirmación exigiría muchas investigaciones antropológicas que yo no soy capaz de hacer. Véanse las citas referentes á este bien estudiado período en el apéndice F. ¡Ojalá esta declaración del carácter hipotético de este paralelismo te aplaque, crítico erudito, cuyos instintos están siempre aguzados contra la teoría!

nes del clima, por la falta de elementos útiles. Otros grupos necesitarían entrar más pronto en la cooperación social para dominar á la naturaleza y sanear el suelo, ó para protegerse contra enemigos comunes (1). Todas estas cosas que la antropología está lejos de establecer detalladamente, son, sin embargo, lo bastante claras para hacer necesario que busquemos tipos de cultura humana realizados aisladamente, más bien que un tipo en todas partes y á la vez. El gato y el tigre son ambos felinos, y ambos representan tipos de la naturaleza felina, aunque (hasta donde yo entiendo) no podamos decir que hubo un tiempo en que solo existía uno de ellos. El tigre puede haber vivido siempre, y, sin embargo, también puede ser cierto que existiese una especie felina de carácter tan suave que fuese susceptible de domesticación.

Puesto que ha habido una época de transición entre el hombre inferior que no reflexiona y el agente social que lo hace, esta época podría estar muy bien representada por el período de sociabilidad confiada y de credulidad irreflexiva que se encuentra entre el miedo orgánico y el llanto del niño, y su modestia y reserva consciente.

141. Quizás convenga en este punto definir los dos períodos que hasta aquí hemos distinguido en el progreso de la raza; y no encuentro para ellos mejores definiciones que las siguientes: primero, el período animal, revelado en las reacciones del niño, que son principalmente orgánicas, podemos llamarle desde el punto de vista orgánico el período de la *cooperación instintiva*. El segundo, el que trae el reinado de la paz y el principio de los intereses comunes más amplios, está representado en el niño por la franca confianza que sucede á la timidez orgánica, y al cual podemos llamar período de *cooperación espontánea*. La *palabra espontánea* contrasta

(1) En efecto, la lucha de los grupos de hombres unos con otros (llamada antes selección por grupos, Cap. V, § 4), fué, sin duda, el medio de selección de las tribus mejor dotadas socialmente, como, por ejemplo, las que aplicaban el principio de la división del trabajo en su economía interna.

á la vez con el término *instintiva* y con el término *reflexiva* que encontramos conveniente aplicar al período de vida social distintivamente inteligente, que aparece más tarde, tanto en la vida de la raza como en la del niño. Estas palabras se aplican igualmente al niño, mejor sin duda que todos los demás términos descriptivos que yo conozco. Sus actitudes sociales son primero *instintivas*, después *espontáneas*, y por último, *reflexivas* (1).

Podemos entrar ahora en el tercer período, reflexivo del desarrollo del niño y de la raza, tal como se muestra en las reacciones de modestia.

142. 5.º La manera como el niño llega á ser reflexivo, corresponde simplemente á su modo de adquirir su conocimiento de sí mismo; esto es, lo que la reflexión supone, la distinción del objeto, el *alter*, el no yo, del yo, y después la posición del yo para juzgar á lo demás. Yo reflexiono cuando yo, el *ego*, por mi capacidad de ser un *ego* ó un yo, miro y examino algo en mi conciencia: mis proyectos, mis recuerdos, mis decepciones, mis esperanzas, en una palabra, todo aquello que puedo representarme en mi conciencia y examinar más ó menos friamente. El progreso de mi reflexión es realmente el de mi capacidad de considerarme como un ser independiente y crítico que juzga (2).

(1) De estas clases de cooperación, la «instintiva» pertenece á las «compañías» animales (Véase el apéndice D); la espontánea, en gran parte, y la reflexiva casi exclusivamente, á las «sociedades» humanas; y véase la distinción entre «compañías» y «sociedades» hecha en las secciones 320 y 320 a. Uso la palabra «cooperación» con preferencia á «asociación», que es más corriente, principalmente por el significado técnico que la última tiene en psicología. La «asociación de ideas» es un hecho muy importante en la psicología de la «cooperación» y parecen ser necesarias para mayor claridad dos palabras distintas. La «cooperación» supone además cierto grado de actitud activa por parte del individuo, á diferencia de la «asociación» en simples rebaños, tan común en el mundo animal, que es una simple forma estática y estéril del gregarismo, y que en la masa humana es positivamente destructiva.

(2) Cons. la exposición de la descripción que hace Bradley del yo de reflexión, en el apéndice E.

El progreso del niño en esta materia ya mereció nuestra minuciosa atención. Suponemos que alcanza constantemente un yo entendiendo á los demás mejor, y que entiende á los demás mejor á causa de que los interpreta en los términos de lo que él piensa de sí mismo. Estos dos polos del pensamiento le ocupan constantemente, y los generalizan hasta cierto punto en lo que antes llamábamos el «yo habitual», por un lado, y en el «yo imitativo» ó social, por otro. El yo habitual es atolondrado, fanfarrón é insultante; y el yo imitativo es dócil, educable, modesto. Ambos se desarrollan juntos por la misma oposición que los caracteriza. Así en su mundo interior se reproduce el mundo social real y se prepara para ocupar en éste un lugar activo.

Todo indica que lo mismo ocurre con el progreso de la raza. Los elementos llamados *ego* y *alter* presentes en la conciencia del niño, están también representados en sus reacciones orgánicas, precisamente en los dos mismos factores que ya hemos tenido ocasión de señalar: el miedo, la cólera, la defensiva y la ofensiva, etc., heredados del período instintivo, y el otro factor debido á las enseñanzas pacíficas de las lecciones de la cooperación en común, que procede del período de la vida social espontánea. Son los mismos dos factores que encontramos en las dotes individuales, los que encontramos que exige la vida del animal: la agresión y la cooperación. El desarrollo social del niño, pues, muestra las dos clases de recapitulación que eran de esperar; en una y otra filogenia existen los dos períodos que en el desarrollo del niño hemos llamado respectivamente «instintivo» y «espontáneo». Y al lado de esto encontramos, que lo que el niño hace en su período reflexivo, es recibir el producto de las tendencias de los otros dos. La reflexión nace de la necesidad de obtener una especie de acomodación que reconcilie lo personalmente agresivo ó instintivo, con lo personalmente imitativo ó espontáneo; esto lo consigue el niño por su desarrollo de la personalidad por el cual tiene que dar, gracias al mismo movimiento de su propio desarrollo, el debido valor á los dos tér-

minos que le conducen á aquél: el *ego* y el *alter*. Así también la raza tuvo que reconciliar las tendencias instintivas procedentes de los animales, con las tendencias cooperativas que prescribe la vida social; *y esto lo hizo la raza del mismo modo que lo hace el niño; la raza devino reflexiva, inteligente, y entró en un camino de desarrollo social, en el cual trabajaban juntos dos influjos fundamentales: el interés propio privado y el interés social público.*

Esto conduce á una teoría que es de tan grande importancia para el ulterior desarrollo del contenido de la vida social, tal como en este libro se concibe (1), que yo dejaré su consideración más extensa hasta después de haber examinado los demás elementos que tienen su expresión social; es interesante averiguar si éstos—especialmente la simpatía—vienen á apoyar las conclusiones á que nos han llevado las relaciones de modestia.

§ 3.º—SIMPATÍA

143. El examen de la simpatía se nos hace más fácil desde el momento que esta emoción se ha considerado siempre como un fenómeno crítico en la teoría ética, psicológica y social. Ha sido el punto central de algunos de los conflictos más tenaces en la historia de la ética; conflictos que á veces se hicieron notables por la falta de la actitud que la teoría discutida parecía deber alimentar. Y cuando vemos cuán fecunda en significados es la simpatía, no nos cuesta trabajo explicar el hecho de que se empleara para apoyar esta ó aquella teoría del hombre, con desprecio de la consideración simpática de la teoría opuesta.

Estas discusiones acerca de la simpatía nos han dado, al menos, una descripción muy clara de los hechos, y una teoría generalmente adoptada, hasta cierto punto, acerca de su interpretación. Los psicólogos están generalmente de acuerdo en encontrar necesaria una distinción entre la simpatía

(1) La teoría del «Progreso Social», véase cap. XIII.

«orgánica» y la «reflexiva», semejante á la distinción que se ha hecho de la modestia. La simpatía que demuestra el niño cuando su muñeca se da un golpe en la cabeza ó cuando su padre se tapa la cara y finge llorar, es muy diferente de la que yo experimento por los desgraciados ó por la viuda que pierde á su único hijo. La aparición repentina de violentos fenómenos orgánicos en el niño, sus irracionales é indiscretas expresiones de la emoción, la desaparición de ésta tan pronto como la expresión física ha cedido en parte, la falta de un desarrollo mental suficiente en el período en que se ofrecen estas reacciones para experimentar una simpatía real de reflexión—todas estas indicaciones vienen á justificar la opinión de que en el primer caso se trata de una manifestación orgánica heredada. Esto se hace más evidente por el hecho de que los animales dan pruebas muy notables de esta clase de simpatía. El perro ladra cuando á su amo le ocurre una desgracia ó cuando ve que á un compañero suyo le ocurre un accidente; los fenómenos son tan conocidos y están tan discutidos por un público universal, que no necesito citar ejemplos, que se encuentran con abundancia en cualquier libro de psicología animal. Hay, pues, podemos decirlo sin temor á equivocarnos, una simpatía orgánica además de la simpatía reflexiva.

144. Las manifestaciones físicas de estas dos formas de la simpatía son, además, en el caso de las emociones ya citadas, de la misma naturaleza. La expresión de la simpatía es congénere con la del sufrimiento en general. Todo el sistema muscular adopta cierto aire de decaimiento; los ángulos de la boca caen lo mismo que en la expresión observada en el llanto,—hasta el cual, por otra parte, llega á veces el sentimiento de simpatía;—los movimientos adoptan una actitud general, como la de pedir auxilio al individuo objeto de la simpatía, y la voz revela las cualidades peculiares características de la desesperación en el hombre y de los gritos de dolor en los animales. El niño pequeño revela su simpatía llorando y gritando á la vez. El adulto ó se agita, si por la reflexión